

Salgo, en silencio, cojo en el jardín las flores que encuentro y las dejo caer emocionado.

Pasamos en silencio a la sala contigua. Él viejo señala otro rincón desnudo».

—Allí duermo yo todas las noches... y uso de cobija la bandera de Colombia, agrega.

La sombra del Libertador conserva en San Pedro Alejandrino, el último y humilde centinela.—L U I S O R R E G O L U C O .

«A REY MUERTO, REY PUESTO»

ESTAMOS a fines de Mayo y la Francia comienza a tomar, después de una veintena de días trágicos, el aspecto calmo que le ha distinguido a partir del Armisticio. Sin embargo, poco puede preverse de cuánto tiempo durará esta calma... Los pesimistas hablan de guerra, como única solución ante la crisis, y los que no creen en conflictos bélicos prevén un malestar interior enorme a corto plazo. Malestar que aun no roza todas las clases sociales, pero que afecta ya a buen número de gentes. El espectáculo de París es cada día menos animado y no ha sido necesario que llegue la canícula para que el hervidero humano de la gran capital disminuya. Los hoteles suntuosos cierran sus puertas o reducen el número de habitaciones utilizables; los teatros rebajan sus precios; los restaurantes hacen propaganda desafortada, y los departamentos disminuyen su costo. Este es el aspecto material, si así pudiera, decirse del París de ahora.

¿Y el aspecto espiritual? se me dirá. Calmo, pero medroso. La población no vuelve en sí del todo de la pesadilla que ha vivido a contar del 1.º de Mayo. Era el día del trabajo y se presagiaban revueltas entre el elemento trabajador; creíase que las organizaciones obreras alzarían sus voces contra aquellos que trabajaran durante ese día, pero no sucedió nada. Y es lógico que así haya sido, pues los desocupados conscientes de su situación piden trabajo, no descanso, y reclaman en qué ocupar sus brazos para tener pan que echar a sus bocas... Por táctica muy francesa, hízose coincidir el día de pretendido reposo con la obligación de votar. Como aquí el uso del derecho de voto es sagrado, sabíase de antemano que los ciudadanos dedicarían el 1.º de Mayo a buscar la circunscripción correspondiente para expresar sus simpatías electorales. Así fué, en efecto. En vez de disturbios, hubo el eterno desfile individual ante las urnas. Y para que las pasiones se calmaran del todo, perfumóse la ciudad,

puede decirse, con una fiesta de flores: «el día del muguet», fiesta sencilla que consiste únicamente en que cada persona compre en las calles una ramita de «muguet» que dedicar a alguien con la santa intención de que esa flor tan simple traiga consigo lo más complicado ante la vida: la felicidad... Pasó, pues, el 1.º de Mayo entre carteles electorales y ramos de flores. Fuera del triunfo de las izquierdas, que descontentó a muchos, nada hubo de notable en ese día de suyo mal agestado.

París sabe embellecer espiritualmente todos sus acontecimientos, aun los más graves, y aunque la prensa dedicó sus editoriales de comienzos del mes a hacer el balance electoral, presagiando algunos la ruina de Francia en manos de Herriot y proclamando los otros que la Francia estaba salvada gracias a las izquierdas; aunque los diarios, digo, daban a las elecciones el sitio importante que merecen, otras secciones de los rotativos hacían amables invenciones. Encuestas, preguntas telefónicas, opiniones arrancadas a todo género de personas, especialmente a aquellos que nada tienen que ver con política. A Mistinguett, por ejemplo, se le preguntó: «¿Qué haría Ud. si fuera diputado?» Pensó la mima largo rato y dijo: «Déjeme meditarlo, porque hasta ahora no me he dado cuenta de para qué puede servir un diputado!» María Laurencin, la gran pintora, trazó su programa: «Si yo fuera diputado suprimiría los automóviles y la T. S. F. Me disgusta el ruido de las calles y me desespera que en mi departamento no me dejen tranquila... Calculen Uds. cuánto me molestarán los ruidos de actualidad, ya que yo paso mi vida pincel en mano u hojeando figurines viejos...» La señora de Cauchin, el diputado rojo, interrogada sobre sus inquietudes de ese día, contestó a las 6 de la tarde: «¿Inquietudes?... Ninguna. Tomé a mis doce hijos y fuí a pasearme al campo con ellos; hicimos un agradable pick-nick y ya me preparo para ir a agradecer a nuestros amigos el triunfo de mi marido». Posiblemente esta señora cumplió con esa cortesía, pero cumplió en vano, pues su marido, a pesar del triunfo de las izquierdas, quedó fuera de la Cámara... Una periodista conocida de Chile cuyo apellido no recuerdo, pero cuyo nombre es Raymonde, interrogó a muchas esposas de candidato sobre sus impresiones del día y terminó su artículo diciendo: «En cuatro años más haré la misma pregunta, pero entonces no será a las esposas, será a los maridos, porque es de esperar que para esa época la mujer será elegida representante nacional con enormes mayorías sobre los hombres!».

El cómputo no fué definitivo y hubo que dejar transcurriera una semana para conocer la composición exacta del Congreso.

Seis días de excitación, provocada por los diarios extremistas! Denigrar y denigrar era su único programa. Había que inclinar las balanzas antes de que se obtuviera el resultado apetecido por cada cual. . . Y la atmósfera, ya caldeada, pasó al rojo vivo con el asesinato del Presidente Doumer. ¡Pobre señor! Los que vimos cometer el crimen pasamos una hora de angustias; los que no lo vieron viven en la angustia hasta hoy. . . No todos están seguros de que M. Doumer haya muerto. Insinúase lo mismo que respecto del banquero Kreuger: que se le ha hecho desaparecer únicamente. ¿Con qué objeto? . . . ¡Vaya sabiéndolo Ud! Como se presume que el asesinato tiene ragaimbre política, un asesinato simulado arrojaría las mismas consecuencias: batida a los bolcheviques, promotores—según dicen—del crimen verdadero o . . . mentido. Se dice que los reaccionarios han inventado este asesinato para ganar en la opinión pública. Y los reaccionarios protestan: ¡«Nos culpan de esta superchería para ganar terreno así los exaltados!» En buenas cuentas, nadie ha ganado con este crimen y la Francia ha perdido a un hombre excepcional.

M. Doumer está bien muerto. Yo ví cuando le atacaron, le acompañé al Hospital Beaujon y le ví, cadáver ya, en el Elíseo. ¡Triste espectáculo! Durante tres días estuvo a la vista del público. Extendido sobre el catafalco, vestido de frac, la banda terciada al pecho, parecía un maniquí. Un maniquí chiquitito y viejecito. La cara desfigurada por la huella de las balas, las rodillas del esqueleto rompiendo casi el pantalón, las manecitas más pequeñas que antes. Daba pena. Y daba horror sentir la atmósfera bajo la cual descansaba ese cadáver. Miles de personas desfílaban ante él, enrarecían el aire y levantaban polvareda de las gruesas alfombras del Palacio Presidencial. Trágica fué la muerte de este hombre, pero más trágica fué su exhibición. Exhibición que el pueblo reclamaba, que ha dolido en lo vivo a la familia y que no ha bastado, sin embargo, para demostrar que M. Doumer murió. . .

M. Doumer exhibíase muerto aun cuando M. Lebrun regresó de Versalles, ungido Presidente. Entró por los Campos Elíseos, acompañado por Tardieu, en el mismo carruaje. Aunque el nuevo Presidente satisface a la mayoría de la población, su entrada a París fué más bien triste. Nadie olvidaba que su primera visita sería a un cadáver y a una anciana destrozada por todos los dolores. El pueblo estuvo recogido y le aclamó con reserva. El, muy digno, parecía querer hacerse insignificante, si bien insignificante no logrará ser nunca. He almorzado con él, hace dos meses en *Le Journal* y me dí cuenta entonces que es

cierto cuánto de él se dice. Es un hombre ponderado. Ahora, que se le reconocen todas las virtudes ciudadanas, se calla una virtud suya de político: no se le cree grande orador. Sin embargo, en aquel almuerzo pronunció un discurso magnífico, admirable, a la altura de los de Briand y de Tardieu. Sagaz, M. Lebrun, desea que no se exagere en cuanto a su persona y que se le crea inofensivo. Manera muy inteligente de que nadie le mate!

Sin embargo, M. Doumer era inofensivo y le mataron. Le mataron sin necesidad. ¿Crimen político?... Puede ser; pero ¿por qué elegir esa cabeza, la menos influyente en los destinos de Francia?. Elemento decorativo, rico mueble antiguo, pudo morir tranquilamente en su cama. El mundo no habría cambiado de rumbos si se le deja en paz y acaso tampoco cambie habiéndolo precipitado a lo desconocido. ¿Por qué no matar a Tardieu, o a Laval, o a Herriot?... Cabezas visibles y pesadas, inclinarían la balanza en uno u otro sentido si fueran echadas a rodar....

No se crea que menosprecio la sombra de M. Doumer. Por el contrario. Fué un grande hombre, un filósofo y un sabio. Formó una familia que vivió y murió, de acuerdo con las máximas escritas por el padre. Influyó en la compañera de su vida, a tal grado, que cuando Francia quiso guardar sus cenizas en el Panteón, ella, la intérprete de los sentimientos del marido, rechazó el homenaje y dispuso fuera el Presidente a dormir el sueño eterno junto a los cuatro hijos arrebatados por la guerra: al pequeño cementerio adonde ella irá mañana a reunirse a los seres queridos... Estatua del dolor, recibió a M. Lebrun y le habló como una estoica. Y abandonó el Palacio, huyendo de París hacia el campo, para no hacer sino un último viaje a la capital: cuando venga a ocupar el sitio que se ha reservado para después de muerta.

A rey muerto, rey puesto. Junto a las anécdotas sobre M. Doumer, aparecen en la prensa las anécdotas sobre M. Lebrun. Y se escudriña todo lo que atañe al nuevo Presidente. Su origen, sus estudios, sus gustos. Y, por extensión, un periodista se ha entusiasmado describiendo a un hermano de M. Lebrun; un hermano que vive en el campo, que trabaja la tierra y que se ha fotografiado empujando el arado de que se sirve... ¡Es un campesino!—gritan los pocos sudamericanos que aun andan por aquí. Y envuelven en soberano desprecio al Presidente y a su familia. Sí, un campesino, pero un campesino que sabe leer, que sabe idiomas, que ha cultivado no sólo la tierra, sino su espíritu y el espíritu de su familia; su hija mayor es una música excelente.

Un campesino!, Sí, pero como hay muchos en Europa, no en

América. Un señor de esos con aires de «caballería rusticana» que sólo pueden darse donde la democracia es cierta y donde los dones del saber y del aprender llegan hasta los últimos confines del territorio. El hermano de M. Lebrun viene poco a París, pero vendrá a visitar al Presidente. Y él y los suyos se alojarán en el Elíseo. Los Embajadores se codearán con él y él no se sentirá mal entre ellos. Por el contrario, estará muy a su gusto percibiendo sensaciones nuevas sobre las cuales meditar después en su terruño. Y, de regreso, acaso se sienta más feliz que el hermano mandatario. Y más seguro de su propia vida.

A consecuencias del asesinato de M. Doumer, el protocolo y la vigilancia han aumentado su celo. M. Lebrun será un prisionero de la República y el Elíseo está resguardado como en caso de ataque previsto. Estas medidas alejan al nuevo Presidente del contacto con el público y por bien aceptado que haya sido, es difícil se haga popular. Todo el mundo vuelve a pensar en M. Doumer, tan popular como fué; y aun en M. Doumer, muerto cuando empezaba a aprender a sonreír...

M. Lebrun tiene buena estampa y no representa los sesenta años que ha cumplido. Sabe andar con marcha elegante e hizo una buena silueta cuando se exhibió a pie a través de París por vez primera: en los funerales de Doumer.

Quienes presenciamos los funerales del Mariscal Foch, tenemos derecho a considerar que los del Presidente fueron más pobres como espectáculo, si bien también fueron grandiosos. Hubo despliegue de tropas, desfile de mutilados, presencia de personajes; hubo crespones en todos los faroles, desde el Elíseo a Notre-Dame, desde Notre-Dame al Panteón. Pero las músicas funerarias casi no se dejaron sentir. En los funerales de Foch, en cambio, Beethoven y Chopin prestaron las alas de su inspiración para remontar al Mariscal hasta la gloria. A M. Doumer se le llevó en silencio. El brillo de la ceremonia se perjudicó; pero la hondura del homenaje fué más sensible...—EUGENIO LABARCA.

REBECA MATTE Y NICANOR PLAZA (1)

AL Congreso se presentó hace poco tiempo una moción para erigir una estatua a Rebeca Matte de Iñiguez.

Nada más justo que fijar en el bronce, a fin de que perdure, el rostro fino, nervioso, de facciones enjutas, de la gran dama que pareció vivir en una atmósfera más tenue que los demás

(1) Conferencia dictada en el Club de Señoras de Santiago